

## SOBRE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

*Evangelio... docet omnes gentes, baptizatos eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti.*

*Id... y enseñada á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

(S. MATEO, c. 28. v. 19.)

Al despedirse Jesucristo de sus amados discípulos, pocos momentos antes de su gloriosa y admirable Ascensión, les intimó el ministerio de su apostolado con estas sencillas, pero enérgicas palabras: *Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á observar de todo lo que os he mandado.* He aquí en breves palabras el compendio y fundamento de nuestra Fe, y la norma ó regla del cristianismo. Sí, señores; el inefable nombre de la beatísima Trinidad es el fundamento ú origen de nuestra augusta religión y la raíz de toda justificación, según el testimonio infalible de la Iglesia en el Concilio de Trento. En este adorable nombre, dice San Agustín, es bautizado el catecúmeno, confirmado el cristiano, absuelto el pecador y santificado el justo.

Mas ¡quién es capaz, señores, de hablar dignamente de tan alto é incomprensible misterio? ¡Ah! yo oigo al profeta Moisés, ministro destinado por Dios para librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, que preguntando al Señor por su nombre, para ser creído de los hebreos, sólo recibe por respuesta: *Yo soy el que soy; dirás, pues, á los hijos de Israel: el que es, me envía á vosotros.* Oigo asimismo al profeta Isaías, que alega hallarse inepto para hablar de Dios y manifestar su voluntad al pueblo: oigo al Espíritu Santo en los Proverbios, que el curioso investigador de la Majestad será oprimido de su gloria. ¿Qué podrá, pues, decirnos de tan inefable misterio un hombre carnal y sumergido en lo terreno?

Mas soy, señores, ministro delegado por Dios para anunciaros su Evangelio, y espero que el Señor, que prometió dar virtud, palabras

y energía á los que evangelizan su doctrina, purificará mis labios, como los de su profeta, para que no profane su divino testamento. Hablo además á un auditorio dispuesto á recibir y grabar en su espíritu las verdades de la religión y la moral. He aquí lo que me anima á anunciaros, con la posible sencillez, lo que la fe y la moral de Jesucristo nos enseñan acerca de este inefable misterio, objeto fundamental de nuestra creencia, y regla de nuestras costumbres, si esperamos nuestra justificación. Esta es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso, dirigido á honra y gloria de Dios, al bien de nuestra alma y de nuestros hermanos. Mas deseando proceder con algún orden, análogo á vuestra instrucción, dividiré el discurso en tres reflexiones. En la primera os haré ver que el acto de fe en un solo Dios trino y uno es el más sublime y glorioso que podemos hacer; en la segunda os mostraré que el acto de fe en Dios trino y uno es el más sólido fundamento de nuestra esperanza; y en la tercera os manifestaré que el misterio de la beatísima Trinidad es el principal motivo y modelo de la caridad cristiana: tres breves reflexiones, dignas de esta cátedra, de vuestra atención y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de su augusta Esposa, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Un Dios inmutable, omnipotente, eterno, inmenso, uno en esencia y trino en personas, que distintas entre sí tienen una misma naturaleza divina, una misma voluntad, un mismo entendimiento, una misma sabiduría, eternidad y omnipotencia; un Dios Padre, que por el conocimiento de su grandeza é infinitas perfecciones engendra en la eternidad un Hijo, su divina Palabra, en todo igual y consubstancial á su Padre; un Dios Espíritu Santo, que procede eternamente del Padre y del Hijo, como su amor substancial divino y eterno, sin haber más que un Dios en esencia con trinidad de personas, ¡qué misterio, señores, tan incomprensible, qué infinitamente distante de nuestros alcances! Pero de esto mismo, como de principio irrefragable, concluyo que el acto de fe de tan inefable misterio es el homenaje más sublime, el más glorioso que podemos ofrecer á nuestro Dios.

En efecto, ¿qué protesta, qué profesión de fe más sólida y meritoria en orden á este misterio podemos jamás hacer; que decir con sumisión: Señor y Dios mío, aunque yo aplique todos las luces del entendimiento que me habéis dado; aun cuando tuviera las de todos los ángeles y bienaventurados; no podría comprenderlos, ni formar idea justa y completa de vos trino y uno. Mis luces en esta hipótesis distarían infinitamente de su objeto, y vos no seriais lo que sois, si

podiese yo comprenderos. Confieso, pues, que sois incomprensible, y que si quisiera acercarme á investigar vuestros inefabables misterios, sería oprimido de su gloria. Protesto, Señor, que sólo vos os podéis comprender; mas en esto mismo, según el pensamiento de San Agustín, empiezo á conocer que sois mi Dios, mi Padre, mi Criador, y yo hechura de vuestras manos.

Cautivo, pues, mi entendimiento en obsequio de vuestra fe, venero lo que no alcanzo, adoro lo que no puedo penetrar; y después de confesar que sois el Ser supremo, principio y fin de todas las cosas, sabio, con una sabiduría infinita, justo con una justicia que soy incapaz de penetrar, moderador del universo con una providencia superior á todo humano conocimiento; creo firmemente lo que es más difícil de todo, á saber; que sois trino y uno en esencia, y trino en personas; Padre, Hijo y Espíritu Santo, que por toda la eternidad tienen la misma naturaleza, y son una cosa misma. Sacrificio gustoso mi razón; detesto las dudas, discursos y cavilaciones que podría ella oponer á tan incomprensible misterio. Vos, Señor, que sois la verdad por esencia, nos lo habéis revelado, y vuestra infalible esposa la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, nos lo ha enseñado. ¿Cómo podría yo disentir de la fe de un misterio, que por más incomprensible y arduo, es el más sublime, el más glorioso y rendido homenaje que puedo ofrecer de corazón á vuestra adorable Majestad?

Enmudece aquí, razón humana, humilla tu orgullo y altivez. Abate las alas de tus discursos, y adora con sumisión este inefable misterio que, á proporción de su mayor incomprensibilidad, es el acto más glorioso de su fe, el más sublime homenaje que haces á tu Criador! Es verdad que sin la revelación nos parecería esto imposible y contrario á la razón, por carecer totalmente de ideas acerca de ello en lo humano; pero afirmados en la palabra del Señor, infinitamente más cierta é irrefragable que todos los discursos humanos, cautivamos gustosos las luces de nuestro entendimiento en obsequio y homenaje de la fe de un misterio, que aun de los mismos profetas, á quienes se reveló, es considerado como una luz inaccesible, como un abismo sin fondo, como un ser incomprensible. Este es el gran sacrificio que la razón esclava debe hacer á su señora la Fe, y el acto más sublime que podemos ofrecer á nuestro Dios, por ser el más difícil y el más remoto de nuestra débil comprensión. ¡Adorable incomprensibilidad de Dios trino y uno, tú elevas nuestra fe al grado más heroico, más alto y aceptable á los ojos del Señor!

¡Ojalá, amados hermanos en Jesucristo, supiésemos nosotros imi-

tar en defensa y honor de este adorable misterio á los fieles primitivos! Aquellos, dice San Paciano, sabían morir por la fe, y no sabían disputar. Mas ¡ah, infelicidad de nuestro siglo corrompido! En él no sólo lamentamos una innumerable multitud de libertinos y deístas, racionadores importunos que, desvanecidos por los paralogismos y falacias de una vana filosofía, niegan este inefable misterio, sino infinidad de cristianos que, lejos de estar dispuestos á derramar su sangre en su defensa, á imitación de sus padres en la fe, ó miran con la mayor indiferencia carecer de su instrucción, ó con una total indolencia su culto y adoración; como si la fe de este inefable misterio no fuese absolutamente necesaria para salvarse, ó como si estuviéramos exonerados de adorarlo en espíritu y verdad. Extraña ceguera! ¡lamentable estado! ¡ruina inevitable! Confesemos, pues, hermanos míos, que en la fe de este incomprensible misterio no sólo ofrecemos á Dios el más glorioso homenaje, sino también que es el áncora más firme de la esperanza cristiana: segunda reflexión.

En orden á la instrucción del cristianismo, tocamos, dice un célebre orador, una cosa bien extraña y poco reflexionada de nosotros. Para aprender cualquiera otra ciencia, arte ó facultad, empezamos siempre por lo más fácil, para venir por grados á lo difícil; pero en la instrucción cristiana sucede todo al contrario: comenzamos en efecto por lo más arduo y más incomprensible. Balbuciente aún el párvulo, la primera instrucción que de sus padres ó maestros recibe, es la de un solo Dios, con tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son una cosa misma en su esencia y naturaleza. ¿No es esto en realidad empezar por lo más arduo y difícil que contiene la religión?

Pero si me preguntáis la causa de ello, os responderé con el santo Concilio de Trento, que como sin la fe es imposible agradar á Dios: siendo el misterio de la beatísima Trinidad el principio y raíz de toda justificación, es necesaria ante todas cosas su instrucción, como medio indispensable para salvarse. Hay algunos misterios que basta creerlos con fe implícita; es decir, creyendo todo lo que cree y nos propone nuestra santa madre la Iglesia: pero otros, á saber, la existencia de Dios trino y uno, justo remunerador, la encarnación del Verbo eterno, su muerte y resurrección para redimirnos del pecado, y abrimos las puertas del cielo: es absolutamente necesario saberlos y creerlos con fe explícita y actual, para ser salvos, sin que pueda excusar á ningún adulto la ignorancia invencible de ellos. Siendo, pues, el misterio de la beatísima Trinidad el origen y la raíz de todo, por él debe empezar la instrucción del cristiano, por más que sea incomprensible y superior á nuestras luces.

¿Pero qué mucho, si aun esta misma especie de violencia que la razón, atendiendo únicamente á lo natural, experimenta cuando firmemente cree un misterio el más incomprensible, es el principal sacrificio que puede hacer en obsequio de la fe, y por consiguiente el más firme apoyo de la esperanza cristiana? Acordaos á este fin, dice el Crisóstomo, de lo que sucedió á Abraham. Habiale Dios prometido en Sara, estéril y anciana, un hijo en el cual serian bendecidas todas las naciones de la tierra. La promesa tuvo su cumplimiento en el tiempo señalado. Pero después tentó Dios á Abraham: mandóle tomar á su hijo Isaac, y que fuese á sacrificarle sobre un monte que le mostraría. Abraham obedece al punto; sube con su hijo al monte; prepara la leña para el sacrificio y holocausto; liga á Isaac sobre ella, y cuando levanta el brazo con la espada desnuda para quitarle la vida, el ángel del Señor lo detiene, y le dice: *ahora conozco que temes á Dios; mas yo mismo te juro que por haber hecho esto, y no haber perdonado, por obedecer mi mandato, á tu hijo unigénito, yo te bendeciré y multiplicaré tu prole como las estrellas del cielo... y en ella serán benditas todas las gentes de la tierra, porque has obedecido á mi voz.*

¿No podré yo, hermanos míos, concluir de aquí, proporcionalmente hablando, con un célebre orador, que al hacer nosotros en obsequio de la fe semejante sacrificio, nos corresponde un premio análogo? En efecto, al creer en Dios trino y uno, ¿no sacrificamos la razón, que es nuestro hijo primogénito y único, por más que, siendo incomprensible en sí mismo, nos parezca repugnante á nuestras luces, apoyados únicamente en la revelación? Si Abraham, por obedecer fiel, creyendo en las promesas y esperando contra la esperanza misma, va á sacrificar á su unigénito, y como premio le denomina Dios padre de los creyentes, ¿porqué no recibiremos nosotros las bendiciones del cielo en abundancia, cuando cautivamos nuestro entendimiento y sacrificamos la razón en obsequio de la fe? ¿Porqué no viviremos de ella, según el oráculo del Espíritu Santo, cuando animados de la caridad y apoyados en la revelación, creemos en el misterio de Dios trino y uno, áncora la más firme de nuestra esperanza, principio y raíz de toda justificación?

Pero ¿qué digo? ¿No es en la fe y el nombre de la beatísima Trinidad, en lo que recibimos los mayores beneficios espirituales? Manchados por la culpa original y excluidos por ella del reino de los cielos, para entrar en la Iglesia, fuera de la cual no hay esperanza de salud, ¿no es la única puerta el Sacro bautismo que se nos confiere en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Cuando somos confirmados en la Fe, ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo? Para reconciliarnos con Dios por medio del sacramento de la penitencia, ¿no se da la absolución en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? El que recibe el orden sacro para ministro de Dios, ¿no es en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo?

¿Qué más? ¿No nos amonesta San Pablo, que cuando comamos, bebamos ó hagamos cualquiera otra cosa, sea todo en el nombre de Dios? De aquí la práctica de los fieles en los siglos primitivos de santiguarse al empezar cualquiera obra; práctica religiosa que han pretendido abolir, y en parte lo han conseguido los herejes y libertinos de los últimos tiempos; práctica adoptada por la Iglesia universal al empezar los divinos oficios, y al acabar los himnos y los Salmos con que alaba á su divino Esposo. ¿Cuánto sería de desear la observásemos todos con espíritu de humillación y de fervor!

¿Con qué respeto, pues, con qué veneración, con qué confianza no debemos pronunciar los augustos nombres, Padre, Hijo y Espíritu Santo? Nombres de majestad y de gloria, nombres que causan la alegría del cielo, el consuelo de los verdaderos fieles y el terror del abismo; nombres divinos de un solo y único Dios con tres personas distintas en una misma esencia, fundamento de nuestra verdadera religión, apoyo de nuestra esperanza y modelo de nuestra caridad. Tercera reflexión de este discurso, que paso á exponeros con la posible brevedad. Seguidme atentos.

Tres son, señores, las virtudes teológicas, fe, esperanza y caridad, sin cuya noticia y práctica nadie puede ser salvo. Pero entre ellas la mayor es la caridad, nervio y alma del cristianismo, cuyo modelo nos pone á la vista el misterio inefable de la beatísima Trinidad. En él habéis ya visto lo más sublime de nuestra fe y el motivo más firme de nuestra esperanza; y por poco que reflexionéis, hallaréis también el vínculo substancial del amor mutuo que os debe animar. En este adorable misterio de Dios trino y uno creemos que las tres divinas personas en una esencia tienen un mismo entendimiento, una misma voluntad, una plena concordia, una paz inalterable, un amor mismo, y que Dios es la caridad por naturaleza. He aquí, pues, el ejemplar de la caridad cristiana, que nos propuso Jesucristo en la tiernísima oración que á favor de sus discípulos hizo á su Padre celestial, cuando se acercaba la hora de ser entregado en manos de los pecadores y al poder de las tinieblas: *Padre, santifícalos en verdad, dice... para que todos sean una misma cosa, como nosotros lo somos.*

Además ¿no sabemos por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que los fieles primitivos *tentan un solo corazón y un alma sola*, sin

que ninguno de ellos dijese que era suyo lo que poseía, sino común á todos? ¿No era esto imitar en el modo posible lo que Jesucristo hacia presente á su eterno Padre cuando le dijo: *Padre, todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías?* Pero ¿qué digo? ¿no es éste el espíritu de la religión que profesamos? Yo os ruego, dice el Apóstol, que os toleréis unos á otros en caridad; que seáis solícitos en conservar la unión de espíritu con el vínculo de la paz. Dios es caridad, y sin ella todo es vacío en su presencia.

El mismo Apóstol en su Epístola á los de Éfeso expone el fundamento de esta esencial obligación del cristianismo. Vosotros, les dice, no tenéis más que un Dios, una fe, un bautismo: únicamente formáis un cuerpo, que es la Iglesia; justo, pues, será que tengáis un mismo espíritu de amor, de unión, de paz. Vosotros sois hijos de Dios, en quien debéis adorar un Padre que os ha adoptado, un Hijo eterno, de quien somos hermanos, y un Espíritu Santo, que nos anima y vivifica. ¡Qué monstruoso sería, dice un célebre orador del siglo pasado, que siendo hijos de un mismo Padre, viviésemos como extraños! ¡que siendo hermanos de Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, no se viese en nosotros ninguna señal de fraternidad! ¡que descaendo todos vivir de un mismo Espíritu Santo, manifestásemos sentimientos del todo contrarios! ¡Qué trastorno de juicio no imitar en el modo posible el ejemplar de unión que nos presenta la fe en el inefable misterio de Dios trino y uno! ¡Qué demencia pleitear diariamente, y vivir por bagatelas en irreconciliables enemidades! ¿No nos enseña la Fe que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo? ¿Quién vió jamás rebelarse y tratarse mal unos á otros los miembros de un mismo cuerpo?

Desconsolador es por cierto el que este sea en el día el crimen casi universal del pueblo cristiano. Parece haber llegado los tiempos infelices que Jesucristo nos anunció por San Mateo, cuando dice: que unas gentes se levantarán contra otras y reinos contra reinos; que habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes partes; que serán aborrecidos sus ministros; que habrá muchos escándalos; que reinará un odio mutuo, y se entregarán unos á otros; todo ello porque abundará la iniquidad, y se resfriará la caridad de muchos.

¡Ah! si considerásemos que no hay más que un Dios y una fe, habría sin duda entre nosotros más unión y caridad. ¡Con qué benevolencia, con qué amor no vemos tratarse, para confusión nuestra, los profesores de cualquiera de las sectas anticatólicas! Todo el mundo es testigo del mutuo auxilio que de ordinario se prestan, no para sostener la unidad de su fe, que es nula, sino para conservar la

mentira, el cisma y el error. ¡Qué vergüenza, hermanos míos, que la unidad de la verdadera fe entre nosotros no produzca ni aun sentimientos de benevolencia, de sociedad, de compasión, y mucho menos de caridad! ¿Con qué podremos coonestar en el día terrible de la cuenta esos odios, esas envidias, esos desprecios que hacemos á nuestros prójimos, esas expresiones picantes é inciviles con que los insultamos? Todo esto cesaría, si nos animase el espíritu de caridad; todo esto cesaría, si observásemos el mandato que Jesucristo nos dejó por testamento, á saber: *que nos amáramos mutuamente, como el mismo nos amó*; todo cesaría, si atendiéramos á que somos todos hermanos y miembros del cuerpo místico de Jesucristo; todo cesaría, si creyendo que somos hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino inmortal, tomásemos por modelo de nuestra caridad con el prójimo el amor eterno con que el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo. ¡Qué ocupación tan buena y de tanto gozo sería conservar entre hermanos esta unidad de espíritu! ¡Qué amables serian entonces los tabernáculos de Jacob! ¡Qué faz tan diversa presentarían entonces las virtudes cristianas! ¡Qué unión, qué paz en el mundo, qué alegría para el cielo no produciría este espíritu de caridad! *Eecce quàm bonum, et quàm jucundum habitare fratres in unum.*

Formad, hermanos míos, os ruego, una justa idea de la religión que profesáis. El fundamento de ella es Dios trino y uno, en quien nos movemos, vivimos y somos. La fe de este incomprensible misterio es el más glorioso homenaje que podemos ofrecer á nuestro Criador; el apoyo más firme y sólido de nuestra esperanza, y el verdadero vínculo y modelo de nuestra caridad. Miradlo, pues, desde este momento no sólo como objeto de vuestra fe, sino como regla de vuestra moral y modelo de vuestras costumbres. Sacrificad en su obsequio vuestra razón, animad en esto mismo vuestra confianza, y no dejéis apagar en vuestro corazón la llama de caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, para que ardiese sin cesar en el espíritu de los fieles. Haced, en fin, todas las cosas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, pues digno es Dios trino y uno de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la acción de gracias por los siglos de los siglos. *Amén.*

## FIESTA DEL CORPUS

*Caro mea vere est cibus.*  
Mi carne es verdaderamente comida.

(S. JUAN, c. 6, v. 56).

Ved cómo el Salvador del mundo, hermanos míos, hizo en dos palabras el elogio de su cuerpo santísimo y de su carne santa y divina. No he de hablaros hoy de la persona de Jesucristo, ni tampoco de su divinidad, ni de su alma, sino de su carne. Y para llegar cuanto antes al asunto que me he propuesto tratar, observad conmigo, si queréis, que en las palabras de mi texto, queriendo el Hijo de Dios recomendar su cuerpo á los judíos, no les dijo que era el templo del Espíritu Santo, ni la obra principal de las manos y del poder del Señor, sino que era alimento y comida: *Caro mea verè est cibus*. Pero la cualidad que tiene de comida y de alimento ¿no es la más imperfecta? Verdad es, amados oyentes míos, si lo entendemos de esta comida común que sirve para reparar las fuerzas y mantener la vida natural de nuestros cuerpos; pero una comida sacramental, una comida, que aun siendo material, tiene la virtud de conferirnos la gracia, de darnos una vida sobrenatural y espiritual, de pacificarnos y santificarnos, esto nos la debe hacer muy preciosa, y esto es lo que causa su excelencia.

Puede ser, cristianos, que os admire el asunto que me he propuesto en este discurso; pero me atrevo á decir, que si queréis aplicáros á comprenderle bien, os parecerá muy acomodado al misterio de este día, y llenará perfectamente la idea que tenéis de esta festividad. Quiero manifestaros que hoy es por excelencia la festividad del cuerpo de Jesucristo, porque éste es el título que tiene y sobre el cual ha sido instituido; y mi designio es justificar para con vosotros este título, haciéndoos ver que el cuerpo de Jesucristo no podía ser más honrado que lo es en el misterio de la Eucaristía divina; esta es mi proposición general, y no es menester más que reducirla á algunos puntos particulares y dividirla. A este fin considero el cuerpo de

Jesucristo de dos modos, ó diciéndolo más bien, hallo que Jesucristo tiene á un tiempo mismo un cuerpo natural y un cuerpo místico. Su cuerpo natural es su propia carne, esta carne, digo, de que se vistió por nosotros; y su cuerpo místico es la Iglesia que está unida é incorporada según la doctrina de San Pablo. Hoy, hermanos míos, es la grande festividad de uno y otro; y la razón es, porque hoy es á un tiempo mismo el triunfo de la carne de Jesucristo y el triunfo de la Iglesia de Jesucristo. El Salvador del mundo no podía dar más honor á su carne, que levantarla á sacramento, y el sacramento más augusto de nuestra religión, que es la Eucaristía. Y añado que no podía tampoco el Salvador del mundo dar más honor á su Iglesia, que dejarla su carne, ensalzada al honor de Sacramento. Así la Iglesia y la carne de Jesucristo son honradas recíprocamente la una por la otra; porque la gloria del cuerpo de Jesucristo es haber sido dado á la Iglesia en el santo sacramento del altar; esto veréis en la primera parte. Y la gloria de la Iglesia es haber recibido y poseer el cuerpo de Jesucristo en este sacramento; y esta será la segunda parte. Virgen santísima, en cuyas castas entrañas fué concebido este sagrado cuerpo, vuestra carne inocente y pura ha sido la carne de Jesucristo: por obra del Espíritu celestial se consumó este inefable misterio, y para con este Espíritu divino imploro vuestra asistencia. *Ave María*.

Era muy justo que la carne de Jesucristo fuese honrada, y que el mismo Jesucristo trabajase en hacer que se le diesen las veneraciones y respetos que se le deben. Dos razones le obligaban á ello: la primera, el honor que había hecho á esta carne, contrayendo con ella una tan estrecha alianza, y uniéndola en la encarnación á su divina persona; y la segunda, los abatimientos grandes á que la había reducido en su pasión. ¿Habéis, cristianos, reflexionado vosotros alguna vez la excelente expresión de San Juan, para expresar el misterio de la Encarnación del Verbo? No dice que el Verbo se hizo hombre, tampoco dice que se unió á una naturaleza inteligente y espiritual, como la de los ángeles, ni dice que tomó un alma racional como la nuestra, sino sencillamente dice que el Verbo se hizo carne: *Et Verbum caro factum est*. ¿Y qué, dice San Agustín, no es la carne del hombre, lo que hay en el hombre de más imperfecto, en lo que el hombre es semejante á las bestias; pues por qué atribuir sólo á la carne este admirable misterio de la unión que se hizo entre Dios y el hombre? ¡Ah! responde aquel santo doctor, esto es para enseñarnos lo que Dios ha hecho por nosotros, lo que ha querido ser por nosotros, y hasta qué extremo se ha anonadado por nosotros; pues siendo Dios,

se ha dignado hacerse carne. Verdad es esto, cristianos; pero también por este medio nos ha hecho comprender el Espíritu Santo lo que era importante que supiésemos, esto es, la dignidad de la carne de Jesucristo, pues á consecuencia de aquellas divinas palabras: *Et Verbum caro factum est*, se puede decir, según todos los principios de la teología y de la fe, que la carne de Jesucristo fué la carne de un Dios; que subsistió con la subsistencia de un Dios; que fué parte de un todo que era Dios; y que así como encarnando el Verbo vino á ser carne, así también la carne del hombre vino á ser por la encarnación carne de un Dios. De aquí debemos inferir que no hay gloria ni culto que no se deba á la carne de Jesucristo; y que el mismo Jesucristo, después de una alianza tan noble, no podía hacer demasiado para honrar su carne.

Con mucha más razón debía ser así, porque la redujo en su pasión á los últimos y mayores abatimientos; pues esta carne venerable fué por nosotros llena de ignominias y de oprobios; fué despedazada con azotes, fué profanada con las manos de los verdugos, y, para decirlo en una palabra, fué, si se me permite usar aquí de esta expresión, la que hizo toda la costa de nuestra redención. No fué el alma de Jesucristo la que sirvió de víctima para nuestra salvación: su cuerpo fué y su carne virginal. Ella fué la que el Salvador crucificó sobre el altar de la cruz; ella era santa, y la hizo un objeto de maldición; y ella era digna de todos los respetos de los hombres, y permitió que fuese expuesta á todos sus insultos. Era necesario, pues, que la recompensase y que la honrase otro tanto como había sido humillada y abatida, ó más bien, otro tanto como él mismo la había humillado y abatido. Y esto fué justamente lo que hizo Jesucristo en la divina Eucaristía; este es el fin que se propuso en la institución de este misterio, y este es también el motivo por que celebramos hoy la festividad de su cuerpo.

En efecto, cristianos, la Eucaristía sola da más honor á la carne de Jesucristo que todos los demás misterios gloriosos de este Hombre-Dios; ni la gloria que comunicó á su cuerpo cuando salió del sepulcro, se pudo comparar con la que le había dado y la que le da todos los días en su Santo Sacramento. Esta proposición os parecerá extraña, pero escuchadme y os la demostraré. Yo confieso, hermanos míos, que saliendo Jesucristo del sepulcro dió á su carne admirables cualidades de impassibilidad, sutileza, agilidad, luz y esplendor; pero al fin, todas estas cualidades nada tienen que supere al orden de la criatura; pero en la Santa Eucaristía es elevada la carne del Salvador á un orden del todo divino, toma allí un ser, y adquiere unas propie-

dades que no convienen sino á Dios. ¿Y qué más? Sería necesario un discurso entero para explicarlo. Yo sólo me detendré en lo que hay allí más esencial, y en lo que debe interesaros y moveros más. Yo no os diré cómo esta carne bienaventurada posee en el augusto Sacramento del Altar una especie de inmensidad, pues que es cierto que no está limitada ni ceñida en el por espacio alguno, y que en virtud de este misterio, puede estar á un tiempo mismo en todos los lugares del mundo, cualidad que es propia de Dios. No os diré tampoco que viene á ser en el Sacramento toda espiritual, pero muy de otro modo que en su resurrección; pues la carne de Jesucristo está en la hostia á la manera de los espíritus, toda en todo, y toda en cada parte, que es otra cualidad milagrosa. Digo también lo que advirtió el abad Ruperto, que es como eterna é incorruptible en este Sacramento; porque estará en él hasta la consumación de los siglos, ó sino que muere allí todos los días, pero con una muerte mil veces más admirable que la inmortalidad misma que goza en el cielo; pues es para renacer allí continuamente por medio de las palabras de la consagración. Todos estos son otros tantos efectos del poder divino para honrar el cuerpo del Salvador.

Pero el milagro grande, el que comprende en sí todos los demás, el que Jesucristo nos manifestó más expresamente en el Evangelio, el que los hombres consideran menos, el que debía meditarse más, y el que hallo sin disputa más glorioso para la carne del Hijo de Dios, ya lo he dicho, pero es necesario aclararlo más, es el que la carne de Jesucristo sea en la Eucaristía el alimento de nuestras almas. Aunque ella no sea más que una substancia terrena y material, tiene la virtud de vivificar nuestros espíritus, y siendo así que el espíritu es el que debe naturalmente vivificar la carne, aquí es la carne la que por un prodigio bien admirable vivifica al espíritu, le sostiene, le anima y le sirve de alimento para conservarle. Os pido que atendáis á esta reflexión de San Ambrosio. Cuando el Hijo de Dios hablaba á los judíos de este sacramento, no les decía *Ego sum cibus*. Yo soy comida; sino les decía: *Caro mea verè est cibus*. Mi carne es comida, de que es necesario que os alimentéis espiritualmente. No es el alma ni la divinidad de Jesucristo lo que hace nuestro alimento espiritual en la Eucaristía, sino su carne. Si la divinidad y el alma se hallan allí, es por concomitancia, como habla la escuela; pero lo que nos alimenta, y lo que directamente se nos da en cualidad de comida, es la carne de este Hombre-Dios, con la que nuestra alma se sustenta y se fortalece, y, para usar de la expresión de Tertuliano, con ella está nutrida. ¡Qué honor, pues, para una carne ser ella la que nos hace del todo espiri-

tuales, la que nos comunica la gracia, y la que nos hace vivir con la vida del mismo Dios! Si, cristianos; yo repito que este milagro sólo eleva la carne del Salvador del mundo á un orden sobrenatural y divino: pues sola la carne de un Dios puede obrar tales maravillas, y tomando Dios una carne, no podia honrarla más que dándola poder y virtud de producirlas. Todo esto es propio de la carne de Jesucristo en la Eucaristía, y esto es lo que la Iglesia expresa en aquellas palabras con que nos la presenta y ofrece por las manos de los sacerdotes. Recibe, cristiano, nos dice, recibe el cuerpo de tu Señor y de tu Dios. ¿Y para qué? Para que conserve tu alma en la vida eterna. Ved, amados oyentes míos, la inestimable prerrogativa del cuerpo de Jesucristo. En el orden de la naturaleza es propio del alma conservar el cuerpo; pero en el orden de la gracia, el cuerpo de Jesucristo conserva nuestras almas; y este orden de gracia para nosotros, es para Jesucristo un orden de gloria, y de la gloria más eminente y más sublime.

Esto supuesto, no hay que admirarse de que Dios, por una conducta llena de sabiduría, y por una disposición de su providencia, nos haya propuesto este cuerpo divino para que le adoremos en sus templos. ¿A quién daremos con más justicia el culto de la adoración, que á una carne que es el principio de nuestra vida y de nuestra inmortalidad? ¿Y en dónde la adoraremos con más razón que en su Sacramento, que es donde Dios la ha hecho poderosa para animarnos con la vida de la gracia, y vivificarnos según el espíritu? Si, hermanos míos, dice San Ambrosio, nosotros aún adoramos hoy la carne de nuestro Redentor, y la adoramos en los misterios que él mismo ha instituido, y que se celebran todos los días en nuestros altares.

Por esto ha instituido la Iglesia esta festividad que solemnizamos con el título y á honor del cuerpo de Jesucristo, queriendo conformarse con los designios, intenciones y ejemplo del mismo Jesucristo. Jesucristo procuró honrar su carne en la Eucaristía, y la Iglesia honra la Eucaristía por dar honor á esta misma carne.

¿Cuál debe, pues, ser la ocupación de un alma cristiana durante los santos días de esta octava? Escuchad, hermanos míos, y ved en qué debéis ejercitar vuestra piedad. La ocupación de un alma cristiana en este santo tiempo debe ser la misma y con las mismas intenciones que las de la Iglesia, y honrar con ella la carne del Redentor. En esto se debe emplear. ¿Qué quiere decir honrar la carne del Redentor? Quiere decir, que le demos todo el culto que puede recibir de nosotros en el Sacramento del Altar, y que imitemos á la Magdalena, que tuvo un afecto muy particular á esta carne santa, regándola con

sus lágrimas, enjugándola con sus cabellos, y derramando sobre ella preciosos unguentos. Ejercicio, dice Santo Tomás, por el cual la alabó el Hijo de Dios aun estando ya resucitado, porque quería y deseaba ver honrada su carne. Así debemos nosotros porquemos continuamente en la presencia de este sagrado cuerpo, ofrecerle allí mil sacrificios de alabanzas, mil adoraciones interiores, mil respites y mil acciones de gracias. Debemos decirle algunas veces con una fe viva y con una devoción ardiente: cuerpo divino y bienaventurado, vos fuisteis el precio de mi salvación; ¿pues qué no debo yo hacer para daros gloria? Pues os quedasteis en el Sacramento para recibir en él el tributo de gloria que os es debido, ¿cómo hay cristianos tan impíos, que vengan á profanaros en él? A lo menos, yo iré á presentaros y ofrecereros el incienso que debo, y quisiera llevar conmigo á este mismo fin á todos los hombres del mundo. Estos son los sentimientos é intenciones que debemos tener, porque la gloria del cuerpo de Jesucristo está en haber sido dado á la Iglesia en el Sacramento del Altar; y la gloria de la Iglesia está en haber recibido y poseer el cuerpo de Jesucristo en este Sacramento. Os pido una nueva atención en esta segunda parte.

Si el Hijo de Dios estaba interesado en honrar su carne, no lo estaba menos en honrar su cuerpo místico, que es la Iglesia. Nosotros todos, dice San Pablo, formamos un mismo cuerpo con Jesucristo: *Vos estis Corpus Christi, et membra de membro*. En cuanto Salvador, es Jesucristo nuestra cabeza; y en cualidad de justos somos todos miembros suyos, y como es honor de los miembros tener una cabeza coronada de gloria, así también es honor de la cabeza comunicar á sus miembros toda la gloria de que son capaces; esto es lo que Jesucristo hizo en la institución de la divina Eucaristía, que podemos propiamente llamar también la festividad de la Iglesia ó la festividad del cuerpo místico de Jesucristo. Porque en este misterio es la Iglesia más honrada, y él es el que la hace más gloriosa delante de Dios.

No pudo el Salvador del mundo con toda su magnificencia hacer por su Iglesia cosa ni de más honor, ni más grande, que dejarla el Sacramento de su cuerpo; éste era el complemento de toda la gloria que podia procurarle; y puede decirse muy bien, que este Hombre-Dios habia realizado plenamente con esto el designio que se habia formado de tener, como dice el Apóstol, una Iglesia ilustre, brillante y enriquecida con los más bellos adornos como esposa suya: *Ut exhiberet sibi gloriosam Ecclesiam*. Porque con efecto la posesión del cuerpo y sangre de Jesucristo da á la Iglesia todas estas ventajas y cualidades. ¿Queréis saber cómo? ¡Ah, amados oyentes míos! ¡Qué rica y abun-

dante materia se ofrece aquí para vuestras reflexiones! Antiguamente se consideraban los judíos sobre todas las naciones del mundo, y se glorian por quetenían un Dios que no se desdénaba de estar en medio de ellos y de caminar con ellos. No, decía Moisés, no hay pueblo alguno que tenga los dioses tan cerca de sí; y por consecuencia, no hay alguno en el mundo tan honrado como nosotros. ¿Pero de qué manera estaba Dios con los judíos? Por medio del Arca de la alianza, en la que daba sus oráculos, y á la que había ligado su protección. Pero esta arca zera acaso el verdadero Dios de Israel? No por cierto, no era más que su figura y su tabernáculo; y no obstante, porque se colocaba en medio de las doce tribus, porque los acompañaba en todas sus marchas, y porque la llevaban en sus campos y en sus ejércitos, se glorian de que su Dios los acompañaba á todas partes, y de que estaba presente siempre con ellos. Pero, cristianos, ¿qué es esto, si lo comparamos con el honor que recibe la Iglesia, y con el que todos recibimos en la Eucaristía? Un Dios en su propia substancia, y con toda la plenitud de su divinidad permanece corporal y realmente entre nosotros, reside en nuestros templos, viene hasta nuestras casas, se deja no solamente acercar, sino tocar, y aun comer; y así, bien podemos decir nosotros desde hoy: *Negue est alia natio tan grandis, que habeat Deos appropinquantés sibi*. Ezequiel nos habla de una ciudad misteriosa, cuyas grandezas y riquezas nos describe, y de ella nos dice que no tenía otro nombre sino éste: Esta es la habitación y morada de Dios, y Dios está en ella. Esta ciudad no podía ser sino la Iglesia cristiana, de la que Dios representaba ya la excelencia á este Profeta; porque ¿qué nombre más propio puede darse á la Iglesia? Allí es donde habita Dios, allí es donde por un empeño irrevocable se halla obligado á permanecer hasta la consumación de los siglos. ¿Y cuál empeño es éste? El de la Eucaristía, que le tiene como ligado á su Iglesia, sin que pueda jamás separarse de ella: *Et nomen civitatis, Dominus ibidem*.

¿Pero es éste todo el honor que resulta á la Iglesia por este Sacramento? No, cristianos, aun hay en esto cosas más importantes; escuchadlas. Ser honrado con la presencia de un Dios, es cosa muy grande; pero ser honrado con sus conversaciones, con su trato y familiaridad más íntima, es otra gloria muy distinta. Esta es la ventaja que tiene la Iglesia con el Sacramento del cuerpo de Jesucristo. ¿Qué hace Jesucristo en este misterio, pregunta el abad Ruperto? En él conversa y trata con los hombres, y en él es visitado por ellos; allí escucha sus quejas, recibe sus peticiones y súplicas, concilia las diferencias que entre sí tienen, y los instruye y consuela; porque los

hombres son miembros de su Iglesia, y á ésta la ilustra y condecora con todo este honor. Esta es, digo yo, la prerrogativa de la Iglesia de Jesucristo, poder tratar familiarmente con su Dios; y por este medio, dice San Juan Crisóstomo, tenemos en algún modo sobre la tierra la misma ventaja que los bienaventurados en el cielo; porque la felicidad del cielo está en poseer á Dios, y en la divina Eucaristía le poseemos todo entero.

Cristianos, ¿se puede encarecer ó añadir á estos pensamientos? Si, hermanos míos, aun se puede: y ved unas ventajas mil veces mayores; ¿cuáles son, me diréis? Tolerad que os las proponga en compendio, y que solamente os apunte la idea de ellas, capaz de llenar de admiración á los ángeles y á los hombres. La gran ventaja es que el Sacramento de la Eucaristía es para nosotros, y para todos los fieles que le reciben, una extensión continua y perpetua del misterio de la Encarnación. Así se explican los Padres; y vosotros sabéis á qué grado de honor fué elevada la humanidad de Jesucristo en el feliz instante que se unió al Verbo divino. Yo, pues, digo, que dándose Jesucristo á nosotros en el Sacramento del Altar, hace que todos los miembros de su Iglesia tengan parte y comuniquen de la misma gloria; pues viene á nosotros, se une á nosotros, y se hace, explicándolo así, uno con nosotros. Y este es el principio, según la doctrina de San Cirilo, fundada sobre la expresión del Hijo de Dios, de donde viene que este Sacramento se llame *Comunión*. De donde se infiere también, que según una cierta propiedad de términos, el Salvador del mundo está á cada instante como si encarnara de nuevo en las manos de los sacerdotes, que son sus ministros.

¿Pero por qué hemos de llegar á penetrar los secretos de la divina Eucaristía, para conocer los privilegios de gloria que la Iglesia tiene por ella? Detengámonos en lo que á la primera vista se nos presenta en este misterio, en lo que hace toda su substancia, en lo que vemos y tocamos. En él, donde Jesucristo por honrar á su Iglesia la sustenta con su cuerpo; la da su sangre por bebida y su cuerpo por alimento, esto es, la carne de un Dios, la sangre de un Dios y el cuerpo de un Dios. ¡Ah! cristianos, ¿qué podemos añadir á esto? Podemos expresar nunca lo que excede á toda expresión, á todos nuestros pensamientos, y aun á todos los deseos de nuestro corazón? Alimentarse con la carne de un Dios, era un honor reservado á la Iglesia, como á la hija de Sión, como á la esposa del rey de la gloria, y particularmente como al cuerpo místico de Jesucristo; porque es razón que la esposa sea criada y alimentada conforme á la grandeza de su esposo, la hija con respecto á la nobleza de su padre, y los miembros del

cuerpo según la dignidad de su cabeza; luego para la esposa de un Dios, para la hija de un Dios y para el cuerpo místico de un Dios, sólo la carne de un Dios era el alimento proporcionado. Para los judíos, que fueron los esclavos de Dios, era bastante, dice San Jerónimo, comer el maná, llamado en la Escritura *Pan de los ángeles*, mas para nosotros, á quienes Dios ha ennoblecido haciéndonos sus hijos adoptivos, y para la Iglesia que ha sido engendrada con la sangre de Jesucristo, no basta el pan de los ángeles, es necesario que sea el pan de Dios, y por esto Jesucristo nos le da en la Eucaristía.

De todo lo dicho saquemos, cristianos, dos sentimientos, que son las consecuencias naturales de este discurso; el uno el respeto y veneración á la Iglesia, y el otro el celo por la inocencia y pureza de nuestros cuerpos. Respeto y veneración á la Iglesia, que es el cuerpo místico de Jesucristo; porque, ¿podemos nosotros honrarla demasiado, después que el mismo Jesucristo la ha honrado tanto? Por ella nos da su carne y su sangre, á ella quiere que seamos deudores de este beneficio, pues la ha hecho depositaria de él; y si recibimos esta carne y esta sangre divina por otras manos que por las suyas, la carne y sangre de Jesucristo, no solamente no nos serán saludables, sino que vendrán á ser para nosotros el veneno más mortal. Es verdad que María, madre de Jesucristo, fué quien primeramente nos dió este sagrado cuerpo; pero María, al fin, no nos le dió más que una vez, y la Iglesia nos le da todos los días; María nos le dió á todos en general, y la Iglesia nos le da á cada uno en particular; María, finalmente, nos le dió como Salvador que habia de reinar sobre nosotros, y la Iglesia nos le da como un alimento que se une á nosotros. De lo que siempre nos es fácil inferir lo que debemos á esta esposa del Hijo de Dios, con qué fidelidad debemos permanecer unidos á ella, con qué ardor debemos defender sus intereses, con qué docilidad debemos recibir sus órdenes y preceptos, y con qué piedad y sumisión debemos ejecutarlos.

También debemos sacar de todo esto un gran celo por la inocencia y pureza de nuestros cuerpos. Si, amados oyentes míos; aun siendo tan despreciables por otra parte, debemos, si se me permite decirlo así, darnos honor á nosotros mismos, pues participamos todos de la gloriosa cualidad del cuerpo místico del Redentor, y porque nos conviene á nosotros, como á la Iglesia, lo que San Pablo dijo: *Vos estis Corpus Christi*. Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo. Por más viles que sean nuestros cuerpos por sí mismos, debemos, no obstante, tenernos un cierto respecto, que la fe de la Eucaristía debe inspirarnos, y que la piedad debe conservar; y la razón es, no solamente porque

nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, según la Escritura; esto quiere decir mucho, pero todavía no dice bastante: no solamente porque son los santuarios vivos en donde descansa el cuerpo de Jesucristo, pues aun esto es poco; sino porque por virtud de la comunión, vienen á ser miembros del mismo Jesucristo, según nos lo enseña el Apóstol: *Nescitis, quoniam corpora vestra membra sunt Christi?* ¿No sabéis, decía á los corintios, que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo; y de consiguiente, que no sois dueños de disponer de ellos, sino que pertenecen á Jesucristo, que están afectos á él, y que son de su cuerpo? *Et non estis vestri*. ¡Ah, cristianos, qué verdad tan grande, y qué motivo tan singular para conservar nuestros cuerpos inocentes y puros!

Esta es la importante moral sobre que insistia continuamente San Pablo en las instrucciones que hacia á los cristianos. El tenia celo por la santificación de sus almas, pero tenia también un celo especial por la santificación de sus cuerpos; porque los consideraba como miembros de Jesucristo. Sobre este punto se explicaba con las expresiones más elegantes y eficaces. Honremos pues en la tierra con la santidad de nuestros cuerpos la santidad del cuerpo de este Hombre-Dios, para poder participar de su gloria en el cielo, á donde nos conduzca. *Amén.*

## FIESTA DEL CORPUS O DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*Qui manducat meam carnem, et bibit  
meum sanguinem; in me manet, et ego  
in eo.*

El que come mi carne y bebe mi san-  
gre, en mí mora y yo en él.

(S. JUAN VI, C. 6, 57.)

¡Qué justa, debida y santa, hermanos míos, es la presente acción de gracias! Consagrar al Omnipotente Dios una solemne acción de gracias por el beneficio más estupendo de su grandeza y amor, es lo que pretende la Iglesia en este día en que la veis llena de júbilo, adornada de pompa y gloria, solemnizar segunda vez la divina Eucaristía, que había festejado ya en el Jueves santo. Entonces la ocurrencia de otros misterios no la permitía detenerse lo justo en la dulce contemplación de este objeto, ni el dar un testimonio de su gratitud tan público y tan solemne; pero ahora, concluida la serie de festividades que dedica á los misterios del divino Verbo humanado, como cuidadosa con tan agradable memoria, vuelve á hacer conmemoración mucho más solemne del mismo agosto Sacramento. Animada del espíritu de agradecimiento, manda que en todo el cristianismo resuenen por toda la redondez de la tierra en estos ocho días continuos las alabanzas, los himnos y cánticos de alabanza á Cristo sacramentado.

Ved aquí una ocasión en que me era preciso tener una divina elocuencia, y que por toda la tierra se difundiese el acento de mi voz, y llegasen mis palabras hasta los confines del mundo (Rom., 10, 18.); pues vengo en nombre de la Iglesia universal á dar gracias á Dios por un beneficio y misericordia que llena toda la tierra. Pero ya que yo no puedo, ayudadme en esta empresa todos los que sois testigos y participantes de este beneficio; acompañadme á mí, y acompañad á la Iglesia en los júbilos y alabanzas: *Exulta et lauda*; que yo con

vuestra licencia tomaré por argumento de esta oración el ponerlos á la vista los justos motivos de alegría en esta festividad: quiero prepararos con el júbilo, para inclinar vuestro corazón á fervorosas alabanzas: á los elogios del gran Dios, por haberse sacramentado, por querer habitar entre nosotros y dentro de cada uno de nosotros.

¿Mas de dónde me ha de venir una luz celestial? ¿De dónde un sagrado fuego que inflame mi alma? ¿De dónde aquella gracia de devoción, precisa para insinuarme en los corazones de los hombres, y para moverlos á una santa alegría? ¿De dónde sino de vos ¡oh Virgen Señoral que sois la causa de nuestro gozo? ¿De dónde, sino de vos, que fuisteis la primera y más gustosa habitación del Santo de Israel? Vos, que lo sabéis por experiencia, dad á entender á mi alma cuánto nos debemos alegrar, por tener en nuestros pechos el dulcísimo fruto de vuestras purísimas entrañas. *Ave Marta.*

Es verdad, hermanos míos, que el misterio de la encarnación del Verbo fue el deseo de los eternos collados, como se explica la Escritura: *Desiderium collium eternorum* (Gen. 49, 26.); y que los suspiros de los Profetas, las promesas de los Patriarcas, las peticiones de los justos se dirigían solamente á la venida de Dios al mundo; pero si hubiera parado aquí nuestra felicidad, tendríamos mucho menos motivo para alegrarnos. Si el Hijo de Dios, después de obrar los misterios de la redención del mundo, se hubiera ausentado al cielo sin la institución de este agosto Sacramento, si nos hubiera dejado solos y peregrinos sobre la faz de la tierra, ¡qué desconuelo y soledad sería la nuestra! ¡Ah! que si el día de su Ascensión gloriosa sería por una parte festivo por ver un hermano nuestro sentado á la diestra del Padre, coronado de gloria, de honra y majestad, hubiera sido por otra parte bien triste, porque viéndonos huérfanos, ¿quién podría contener las lágrimas? En nuestra íntima é inextinguible pena nunca pudiéramos borrar de la memoria aquel día en que perdimos su compañía amabilísima. Levantaríamos sin cesar los ojos al cielo, y los irían siguiendo los corazones: preguntáramos á las nubes por nuestro Dios; á las nubes digo, porque ellas nos le robaron de la vista: *Et nubes suscepit eum ab oculis eorum.* Bien se ve con cuánta más justicia que los antiguos patriarcas pudiéramos requerirlas para que nos lloviesen al justo: santa y razonable sería nuestra envidia á los primeros hijos de la Iglesia, porque merecieron vivir en la tierra con el Salvador del mundo; y andaríamos peregrinando tristes por los santos lugares con el fin de lograr á lo menos el consuelo de besar reverentes los vestigios sagrados de sus divinos pies. En vano clamaria-

mos por los tiempos pasados, ó por los futuros: tristes porque no veíamos, y tristes porque ya no nos era permitido ver á nuestro libertador.

¡Qué larga sería la noche de este siglo, en que nuestra alma vive como aprisionada en una oscura y tenebrosa cárcel, sin acabar de nacer aquel día dichoso en que viese al Sol de Justicia! ¡Con qué ansia preguntáramos con el profeta Isaías: ¿En qué altura iba la noche? *Custos quid de nocte? Custos quid de nocte?* (Isai., 21, 11.) Y ¿qué consuelo sería el nuestro, si siempre nos respondiesen que no había nuevas del día: *Venit nox?* Andáramos como la Esposa buscando de noche á nuestro Amado, y preguntando por él á todas las criaturas, sin poder hallarle jamás: *Num quem diligit anima mea, vidistis?* (Cant. 3, 3.)

Mas ¿adónde me lleva el pensamiento, y para qué entristecemos con una ausencia imaginada? No sucede así, hermanos míos; allí está vuestro Amado, vuestro Padre, vuestro libertador: allí está vuestro Dios, alegraos: si no le veis, no tengáis duda, porque está encubierto: *In ipse stat post parietem.* (Cant. 2, 9.) Es verdad que no le veis; pero allí está escondido, y nos está mirando: *Respicens per fenestras,* etc. Consolémonos, pues con nosotros está, con nosotros vive, y con nosotros mora el verdadero Dios. Allí es su habitación, en donde asiste de día y de noche, y en donde ha querido morar entre los hombres. Si queréis hablar al Hijo de Dios vivo, no andéis preguntando: en estas dos partes le hallaréis: ó en el empireo entre los serafines, ó en aquel Sacramento entre nosotros. Alégrate, Iglesia santa, y ya no andes suspirando por tu Esposo, pues le tienes en tus brazos hasta el fin de las edades; no tengas susto, porque puedes decir seguramente que no te dejará: *Tenui eum, nec dimittam.* (Cant. 34, 4.)

Permitidme por un rato una imaginación alegre. Representaos que estáis en la Palestina con los doce Apóstoles, tratando familiarmente con el Salvador del mundo. Si le vieseis junto á vosotros, semblante hermoso y alegre, palabras blandas, trato suave y amoroso, y en todas sus acciones no sé qué además que respira divinidad, me parece que vuestra alma estaría tan satisfecha, alegre y elevada, que nada la podría herir, ni darla pena: aun cuando os vieseis cercados de enemigos en medio de los estragos y mortandad, y entre los mismos horrores de la muerte, pudierais decir tranquilos: *In medio umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.* (Psal. 22, 4.) Esta compañía del Salvador por sí sola os daría consuelo y ánimo, os haría olvidar los sustos y temores. ¡Qué agradable pensamiento! Pero salte nuestro corazón de alegría, que esta dicha no es sólo imaginada, sino

que verdaderamente junto á nosotros tenemos al Dios fuerte y al Señor de los ejércitos; descansad.

Cuando con la fuerza del temor sintiereis palpar vuestro afligido corazón, bien podéis sosegar diciendo con David: Aunque los enemigos lleguen á poner su campo en frente de mí, no temerá mi corazón. Aunque contra mí se encienda una funesta guerra, en este Dios he de fundar mis esperanzas. La única cosa que deseo y pretendo es estar en el tabernáculo en donde habita el Señor. Creedme, hermanos míos, sin Cristo toda tribulación es grande; pero á los pies de Dios Sacramentado, todo trabajo es suave. *En el día de mi tribulación,* dice David, *fuí á buscar á mi Dios, y me puse en su presencia de noche y de día con las manos levantadas, y no salté engañado. Es verdad que mi alma se negaba á todo consuelo; pero me acordé de Dios, y quedé consolado.* ¿Y qué consuelo sentiría David si hubiera podido orar delante de Dios Sacramentado? ¿Si como nosotros hubiera podido llegar á sus pies noche y día, y en todos los instantes? ¿Si hubiera podido hablar de cerca á un Dios, que bajó desde los cielos para hacer compañía á los atribulados? ¡Oh bendita sea mil veces nuestra felicidad!

Esta entrada fácil á hablar á Jesucristo; esta certidumbre de que allí oye nuestros gemidos, y que debajo de aquel velo está viendo correr nuestras lágrimas, ¡oh católicos! esto consuela, esto anima mucho: no necesitamos dar grandes voces, como decía Elias á los falsos profetas, que suponían que su Dios estaba muy lejos, y á fuerza de altos clamores querían vencer la distancia: *Clamate voce majore.* (3. Reg. 18, 27.) Bien cerca está el Dios á quien sacrificamos nuestro corazón herido, desagrado, y todo consumido en el fuego de la tribulación. Sin elevarnos á los cielos, tenemos con nosotros en la tierra al que puede mandar á los vientos y mares, y reducir toda esta tormenta á una suma tranquilidad.

¡Cuántas veces habrán saltado las lágrimas aun al más amososo entre vosotros, sin que tenga otro consuelo el corazón obscuro, triste, inquieto, angustiado, y sin poder dentro del pecho! Bien podemos decir con el Profeta en tormenta semejante: *Intraverunt aquae usque ad animam meam.* Las amargas aguas de la tribulación nos han anegado á todos, y han llegado hasta lo íntimo del alma. Ahora necesitamos de un remedio, que también entre hasta el alma, para arrojar de los más íntimos senos del corazón nuestra tristeza.

Mas ya viene Jesucristo á nuestro pecho: ya viene, no en figura, sino en su misma persona á visitar el corazón afligido. ¡Oh qué maravilla! ¡Pásmense los Angeles del cielo! ¡El Unigénito que está en

el seno del Padre, va á entrar en los pechos de unos viles gusanos de la tierra! El Principe de la gloria sale á hacer esta visita de amor. ¡Qué ventura! ¡qué felicidad! ¡qué gloria! Huye toda la tristeza y aflicción, y han desaparecido sus efectos, que son el pavor y susto. Mas ¿cómo puede haber tristeza en el alma que, como dice Santo Tomás, está bebiendo la dulzura espiritual en su propia fuente? Aquel impetuoso río de alegría, que como dice el Profeta inunda en júbilo la ciudad de Dios, y llena todo el empireo y tiene sumergidos en mares de gozo á todos los bienaventurados: todo ese río de contento está real y verdaderamente en vuestros pechos: ¿cómo podéis estar tristes? *Inebriantur ab ubertate domus tue, et torrente voluptatis tuae potabis eos.* (Psal. 33, 9.) Ahora sí, mi Dios, que esos pobres afligidos se embriagarán dulcemente con la abundancia de vuestra casa, y los daréis á beber del torrente de vuestras delicias. Aquí está, hermanos míos, aquel vino del cual está escrito que alegra el corazón del hombre, y hace que le rebose el júbilo en el semblante. Ved ahí el pan que da fortaleza al corazón de los mortales.

¡Qué importa, pues, que tengáis el corazón herido, y (permitidme que así lo diga) echando sangre, si vuestro amoroso Dios hizo que saliese de su costado abierto el bálsamo precioso de la divina sangre! No viváis, católicos, por más tiempo afligidos, dejad toda tristeza, y venid á buscar en la santa embriaguez del vino de los ángeles el olvido dulce y suave de cuanto aflige en el mundo. Recibid con frecuencia este divino pan, y veréis cómo conforta vuestro corazón: *Et panis cor hominis confirmet.* A la verdad, hermanos míos, que no habrá cosa que dé contento al que no se alegra teniendo dentro de sí mismo la alegría de los cielos.

No dudo, antes confieso, católicos, que un justo temor nos retira, ó nos retarda al presentarnos ante el rostro de Dios, porque le suponemos airado. La espada divina que estamos viendo levantada sobre nuestras cabezas, nos deslumbra, aterra y deja despavoridos. Sabemos que la ira de Dios es justa, poderosa su mano, y sus golpes terribles, hasta para los mismos ángeles que se le rebelaron. ¡Qué será para nosotros, viles criaturas de la tierra, que tuvimos la osadía de ofender su propia honra! Justo es, hermanos míos, justo es y bien fundado vuestro temor; pero todavía es más justa la confianza en Jesús Sacramentado. ¡Ah! que no advertís que tenemos allí una hostia pacífica, un sacrificio tan agradable al Altísimo, que tiene valor para expiar todos los delitos de los hombres. Si vuestro temor se funda en los pecados del mundo, allí tenéis al Cordero de Dios que, pues quita los pecados del mundo, también desterrará vuestros temores.

Yo no niego que, según está escrito, no hay remisión de pecados sin efusión de sangre; pero si en aquel sacrificio ofrecemos la sangre ya vertida de una víctima sin mancha, no será preciso que se derrame más sangre para aplacar la ira de Dios. No vacile vuestro corazón, ni vuestro pensamiento se perturbe de tal modo, que dudéis de lo que es dogma de fe. Allí tenéis sobre aquel altar preparado el mismo sacrificio que, cuando se celebró en el Calvario, aplacó toda la ira de Dios. Este sacrificio fué el que hizo revocar la sentencia de condenación, firmada contra todo el género humano: hizo que se rasgase el decreto, y quedase pendiente del mismo altar como trofeo de la victoria. Ahora tenemos preparada la misma víctima, el mismo Sacerdote y el mismo sacrificio, como dice el sagrado Concilio de Trento. Por mano de aquel ministro suyo hoy Jesucristo, eterno Dios, ha de ofrecer de nuevo á su Padre su pasión y muerte, todos sus merecimientos y lágrimas, todos sus trabajos y tormentos, y ha de ofrecer su misma divina sangre. Aquel altar que allí veis será hoy un nuevo Calvario. No os asustéis, que no se va á renovar el nefando sacrilegio de los judíos, sino que se va á repetir el agradable sacrificio de Jesucristo.

Decidme ahora: si vieseis con vuestros ojos sobre aquellos corporales llenos de sangre divina al mismo Jesucristo herido, ensangrentado, y clamando á Dios por el perdón de nuestros delitos, ¿quién habria que no se llenase de alegres esperanzas? Pues creed, católicos, que este sacrificio no tendria más valor en la estimación del Padre Eterno, ni le tuvo en otro tiempo la pasión del Señor, que el que ahora tiene aquel incurso sacrificio; de tal suerte, que á no estar ya redimidos los hombres, sólo con esta Misa, á que asistís devotos, quedaria hoy rescatado todo el mundo, abiertas las puertas del cielo, arruinados los infernales calabozos, perdonado todo el género humano, y completamente satisfecha la Justicia divina. ¡Oh, gran Dios, qué pasmosas, qué admirables, qué incomprensibles son vuestras maravillas!

¿Qué mayor asilo, pues, podéis querer para libertaros de la ira del Señor, ó qué más seguro escudo que os defienda, que aquella hostia sacrosanta? Cuando la eleva el sacerdote, ó cuando delante de aquel trono nos postramos á los pies del Sacramento divino, se me representa á mi, que Jesucristo es exaltado otra vez en la cruz como medianero entre Dios y los hombres, ofreciendo su divino cuerpo para escudo que repare los golpes de la divina Justicia. Refugiémonos, pues, también debajo del augusto Sacramento: animemos nuestra fe, y digamos al Eterno Padre: *Respice in faciem Christi tui*

(*Psalm.* 85, 16.), que atienda á su propio Hijo. ¿Acaso no tendrá ya en sus ojos el mismo mérito aquella divina sangre, ó no le será agradable aquel Señor de quien dijo claramente, que era su Hijo amado en quien mucho se complacía? ¿Acaso su sacrosanta pasión no será suficiente para satisfacer por todo cuanto le debemos? ¿Qué motivo, pues, habrá para que no pongáis vuestra esperanza en el divino Sacramento? Ahora alabad al Dios del cielo, y dadle gracias delante de todos los vivientes, porque ha usado con vosotros de su gran misericordia. ¡Qué mayor misericordia que ésta! Antes de venir á ejecutarnos por las inmensas sumas de nuestras deudas, como escondido, y en las apariencias de un poco de pan, pone en nuestra mano todo el precio con que le podemos pagar. ¡Qué mayor misericordia, pues habiendo de vibrar contra nosotros la lanza de la divina Justicia, que el darnos primero un escudo con que podamos defendernos de sus golpes! ¡Qué mayor misericordia, no habiendo en nosotros méritos para ser oídos, que el darnos los merecimientos de su propio Hijo para ofrecérselos!

¡Oh qué justa y razonable es nuestra alegría en la presente solemnidad, y qué fervorosas deben salir de lo íntimo del pecho las alabanzas á Dios Sacramentado! Mas ¿qué testimonio podemos dar de nuestro reconocimiento, ó qué acción de gracias será digna por un favor tan relevante? No obstante, tenemos ¡oh fieles! una acción de gracias digna del beneficio recibido. Alegraos, que bien podemos dar un testimonio de nuestra gratitud, que en nada es inferior á la merced que recibimos. El incurso sacrificio del altar no sólo es hostia de propiciación que nos reconcilia con Dios, sino hostia de alabanza y acción de gracias por los beneficios recibidos. Los méritos de Jesucristo, que concedidos á nosotros son dádivas de Dios, ofrecidos por nosotros son agradecimiento digno de esa dádiva infinita. Todo nos viene de Jesucristo: este Señor nos hace los beneficios, y nos da con qué agradecerlos: sufre las injurias, y da satisfacción por los castigos. Sea, pues, la Misa, este incurso sacrificio, la mejor parte de tan solemne acción de gracias.

Gracias se os den, Dios y Señor Omnipotente, porque estando airado contra nosotros, trocasteis vuestro furor con la más estúpida maravilla; olvidado de nuestros delitos, convertiste el castigo en el más dulce y eficaz consuelo. Ved allí en donde está mi Dios y Salvador; viví con grande ánimo, lleno de confianza, y no temeré: porque toda mi fortaleza es el Señor, y á él se dirgirán mis alabanzas: se hizo hombre y ahora de propósito se hace sustento para salvarme. Bien podéis llegar todos á su divino costado, y beber llenos de júbilo

de las fuentes del Salvador, de las fuentes de agua viva que causan vida eterna.

Legad á beber del vino de los ángeles, y del torrente de delicias que inunda la santa ciudad. Mas cuando logréis tanta dicha, no os olvidéis de dar en aquel día gracias al Señor, de invocar su santo nombre, de publicar y hacer que conozcan todos los pueblos las invenciones é industrias maravillosas que idearon su amor y sabiduría para quedarse con nosotros. Cautados de que su santo nombre es grande, glorioso y excelso. Cantad al Señor y entonad himnos harmoniosos en justa alabanza suya, porque obró magníficamente: id publicando esta grande obra por toda la tierra. Y tú ¡oh Iglesia santa! nueva Sión, llénate de júbilo y contento, y desata tu lengua en fervorosas alabanzas, porque estás hecha habitación perpetua y morada de tu Dios: en medio de ti adoramos al Santo y Santísimo de Israel: ahora le adoramos escondido, hasta que después adoremos manifestado al Santo, Santo, Santo Señor Dios de los ejércitos. *Amén.*

## TRIUNFO DEL AMOR DE CRISTO

### EN LA EUCARISTÍA

*Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo.*

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.

(S. JUAN, c. 6, 57.)

Gloria sea dada á nuestro Dios, gloria, honra y alabanza. Justo es que se desaten en sus elogios nuestras lenguas, que los corazones salten de placer dentro del pecho, y que de los ojos corran dulces lágrimas de contento, pues vemos un triunfo tan glorioso de un Dios Sacramentado. Vencisteis, Señor, vencisteis: ya esos rebeldes enemigos que tanto habian resistido, esos hombres que se habian hecho

fueres contra vuestro omnipotente brazo, al fin se han rendido; ahí los tenéis en vuestro poder: *In me manet*. Ya entrasteis gloriosamente en la fortaleza inexpugnable del corazón humano: *Et ego in eo*. Ya sois en él adorado, amado y reconocido. Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres. Paz á nosotros, católicos, que somos sus cautivos. Cantemos alegres cánticos al grande triunfador, y démonos mil parabienes por nuestra dicha.

Escribo está, con un ascua de aquel fuego que se sacó del altar, purifiqué los labios del profeta Isaías. ¿No sois Vos, oh Dios Omnipotente, ascua de divino fuego, que ardiendo estáis en ese sagrado altar? Con razón, pues, os suplico que purifiquéis mi lengua, que abraéis mi corazón y le llenéis de aquel fuego que es propio para inspirar los afectos debidos en todos los que concurren á este triunfo.

¡Quién me concediera, católicos, llenar de júbilo y contento á los que quedaron cautivos, y herir con santa y penetrante envidia á los rebeldes infelices! Puede ser que envidiando nuestra felicidad, vengan con ansia á ver ese triunfo, para rendirse como esclavos á Jesucristo Sacramentado. Dios lo quiera: pidámoslo á la Virgen nuestra Señora. *Ave María*.

No hay victoria más gloriosa, porque no la hay más difícil, hermanos míos, que la que se consigue del corazón del hombre. En toda la vasta naturaleza, ni en la tierra ni en los cielos hay fuerzas suficientes para obligarle á que se rinda. Le crió Dios para sí, y sólo para sí fabricó sus recónditos senos: como quería poner en él el trono de su gloria, debía hacerle superior á todas las criaturas, y no había de consentir que ninguna pudiese dominarle.

Esta grande y suprema autoridad que gozamos sobre nuestros afectos, es dádiva del gran Dios, y en ella se divisa impreso cierto carácter de omnipotencia, y debiera esto obligarnos á que nuestro corazón á sólo el Dios que le crió rindiése vasallaje. Esta corona real de dominio sobre nuestras acciones, sólo debíamos ofrecerla á los pies de aquel que la puso sobre nuestras cabezas: no obstante, no ignoráis, católicos, que contra el Omnipotente ha ostentado nuestro corazón todos los derechos de su libertad. Apenas le veréis tocado del afecto á una vil criatura, le miraréis rendido á sus pies; y al mismo tiempo advertiréis que combatido por un Dios con empeño, y por mucho tiempo, siempre es rebelde. ¡Qué gloria, pues, será para un Dios Sacramentado entrar en esta fortaleza inexpugnable, rendirla y cautivarla sin romper los fueros de su libertad! Para gloria de nuestro triunfador veamos este combate.

El derecho que tenía Dios á nuestro corazón, fundado en el título de Criador y de Padre, ya nos le había alegado: en público lo manifesté, requiriéndonos que aunque el corazón fuese nuestro, voluntariamente le entregásemos, pues éramos sus hijos: *Probe fili mihi cor tuum*. (Prov. 23, 26.) Este pregón que Dios mandó que se oyese en todo el mundo, manifestó su justicia y derecho á los corazones de los hombres: se le negaron, y empezó á combatirles con las más fuertes armas. Hablo, hermanos míos, de las inexplicables finezas que Dios ha obrado por nosotros desde el principio de los siglos. Jamás vinieron al pensamiento de los hombres, ni aun de los mismos ángeles, las tiernísimas demostraciones de amor con que Dios quería rendirnos, y vuestra fe me dispensa de referirlas: bien sabéis que nos ha amado con un amor omnipotente, que nos ha amado como un Dios empeñado en amar. Sabéis que siempre anheló por vuestro corazón, que lo estima y desea con tanto exceso, que se ha desentrañado en finezas. Efectivamente, no fueron inútiles sus armas: unos se rindieron heridos con una saeta, otros con otra, no obstante la mayor parte se obstinaron.

Por último, resolvió el Señor dar al corazón humano como un asalto general, y llover sobre él por todas partes saetas de fuego amoroso, obrando en obsequio suyo cuantas finezas ya había hecho, como quien empeñaba todas sus fuerzas en una sola acción.

Ya habréis entendido, católicos, que hablo de la Sagrada Eucaristía; pues como se explica el Profeta: *Hizo un compendio y memoria de sus maravillas el misericordioso y compasivo Señor: dió una comida á los que le tentan*. Le temían, y ahora por último le amaron: ya se sentían movidos, y ahora del todo se rindieron. ¡Ah! que el que hubiere de rendirse á alguna fineza de Dios, no puede resistir á la de ese divino Sacramento, pues todas en ella se incluyen, y todas se renuevan.

Veo llover desde el cielo otro nuevo y más gustoso maná para los que gustan de delicias celestiales: veo un pan de vigor y esfuerzo para aquellos que, fatigados, hambrientos y desfallecidos, van como Elias huyendo de sus enemigos. Veo una columna maravillosa, que si á los ojos por una parte parece blanca nube; si la miro por otra, es fuego que resplandece, y sirve para guiar en esta obscura peregrinación á los verdaderos hijos de Israel. Veo más. ¿Si acaso estará iluso? No, porque la luz de la fe no me puede engañar. Veo en la sagrada Eucaristía una nueva Encarnación del Hijo de Dios, como se explican los santos Padres, y veo que en vuestro pecho entra el mismo Verbo eterno que entró en las purísimas entrañas de la Virgen:

el mismo, creedlo así, hermanos míos, porque el mismo Dios así lo dijo. ¡Ah! qué poca envidia tendréis al Santo José, pues se os permite, si no verle como á él, á lo menos á ojos cerrados dar reverentes y amorosos oscúlos en los sagrados pies del Salvador, abrazarle tiernamente y recogerle con cariño en el propio seno! Hermanos míos, alegraos, y si vuestra alma heridas del santo amor sienten vivas soledades por ausencia de vuestro Esposo, no andéis preguntando: *Indica mihi ubi pascas, ubi cubes in meridie* (Cant. 1, 6); allí le tenéis junto á vosotros, allí descansa las noches, allí pasa los días, y algunas veces bien solo: podéis, como Marta, manifestar corporalmente á vuestro huésped divino, sirviendo á los grandes misterios del altar, ó como María sentados á sus pies elegir la dulce contemplación de su belleza y oír su voz suavisima, aquella voz que sólo se percibe dentro del corazón que no está inquieto.

Cuando comulgáis devotamente inclinados ante los altares, podéis tiernamente estrecharle entre los brazos, diciendo con la Esposa: *Tenuit eum: nec dimittam* (Cant. 3, 4.): en este momento baja realmente sobre vosotros el Espíritu Santo, y llueven divinos dones desde el cielo sobre vuestras almas: una nueva luz aviva nuestra fe, y nuevas llamas de amor prenden en los corazones. ¡Oh! que estas llamas son las que dan la victoria á Jesucristo, porque ¡quién habrá que pueda resistirse á tantas maravillas juntas! Por eso el Señor se gloria en el Evangelio, diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.

Se pasman los ángeles del cielo y, llenos de asombro, están como atónitos y suspensos. El Hijo de Dios, el que es las delicias del amor de su Padre, quiere dar su corazón á un hombre después de haberle amado con todo exceso, y se le quiere dar realmente. Para esto empeña su omnipotente brazo, y junta los cielos con la tierra, con el fin de obrar tan estupenda maravilla. Se rompen las cataratas del cielo, y un diluvio de amor inunda al mundo. ¡Y qué sucede! El Unigénito que está en el seno del Padre se halla realmente en el pecho de un pobre pecador, y allí el divino corazón palpitando con ímpetus amorosos, está ardiendo en llamas de caridad. ¡Qué hombre tan venturoso es éste! Es un feliz cristiano que acaba de comulgar, y tal vez un pobre é infeliz según el mundo. ¡Qué admirables, qué pasmosos, qué incomprensibles son los consejos de Dios! A este pobre, pues, á quien el mundo soberbio desprecia teniéndole debajo sus pies, á éste, á éste estiman los ángeles del cielo, le van acompañando, le abrazan y, mientras su pecho es animada custodia de ese Sacramento divino, se postran delante de él, y no se atreven á mirar con libertad, dice

San Juan Crisóstomo, á causa del resplandor que da en los ojos. Por una y otra parte, como los sesenta fuertes, cercan los ángeles el lecho del divino Salomón, el tálamo de sus delicias y el trono de su gloria. Entonces el alma que medita bien este punto, siente que se le sale el corazón, que empieza á dar saltos dentro del pecho, y que semejante al hierro en presencia del imán, está todo inquieto, dice San Agustín, hasta que descansa en Dios.

Es verdad que no ve el alma á su Esposo; pero le siente á la puerta, y ya conoce su voz: *Vox dilecti mei pulsantis* (Cant. 5, 2.). Por las santas inspiraciones, toques de la mano de Dios, siente que está llamando á la puerta: yo soy el que tantas veces te pedí el corazón, y ahora vengo á entrar en él para tomar posesión, y hacerle mío, si tú, hijo, me le quieres dar. Decidme ahora: y ¿cómo le podrá negar el alma? El mismo Hijo de Dios viene en persona á la tierra, y nos pide nuestro corazón para dar en cambio el suyo: ¿se le podremos negar? Tan empeñado está el Omnipotente en que le amemos, que no duda dar por este amor su sacratísimo cuerpo, su alma, su amistad, su reino, y todo cuanto tiene nos ofrece. ¿Qué es esto, hermanos míos? ¿qué es lo que digo? Es un Dios empeñado en rendir á finezas el corazón humano, el corazón de los riles gusanos de la tierra. ¿Dirá el mundo todavía que no tienen razón los que de tal modo se entregan á Dios? ¿Podrán todavía tener por almas pequeñas á las que se dejan cautivar de Cristo Sacramentado? ¿Proseguirán en murmurar de los que niegan el corazón al mundo por dárselo á Jesucristo, consagrándose á él enteramente?

¿Hasta cuándo, mi Dios, ha de permanecer sobre los corazones de los mundanos el grosero velo de las pasiones terrenas, aquel velo que así les impide el veros cuando os tienen tan cerca? No haya, Señor, otro velo que el de los accidentes, velo preciso para el mérito de la fe y para el crédito de la religión: ese velo que, si por una parte aumenta la sed á quien desea veros, por otra nos proporciona el poder gozaros dentro de nuestros pechos; si por una parte nos oculta vuestro hermosísimo rostro, para que nos ceguemos con la clarísima luz que despidе, por otra no impide al que os abre su corazón, que os sienta allá en su interior. ¡Quién me concediera que los mundanos probasen y vieses lo suave que sois (*Psal. 33, 9.*), y que llegasen á conocer la felicidad de los cautivos que se os rinden!

Yo, hermanos míos, quiero tener el gusto de pintarla, y ponérsela delante de los ojos. El que comulga dignamente es ciudadano de los Santos, y doméstico de Dios, como se explica San Pablo (*ad Eph.*); porque come el pan de los ángeles, y se sienta á la mesa del Omni-

potente. El que comulga dignamente, vive ileso entre las llamas del horno de Babilonia, y con el rocío de la gracia se conserva como si fuera un ángel, libre de las llamas de la concupiscencia. (Dan. 3, 22.) El que comulga dignamente, logra una santa embriaguez con el vino celestial de la sangre de Jesucristo, que le hace, como á los mártires, no sentir los cuchillos, las lanzas, el fuego, las injurias, ni la muerte. El que comulga dignamente, aun cuando va peregrinando por el desierto de esta vida, ya prueba el fruto suavísimo de aquella tierra de promisión adonde camina: siempre va lleno de esperanza, porque tiene una segura prenda de la eterna felicidad, y porque lleva consigo el precio con que se adquiere el reino de los cielos.

El que comulga dignamente, celebra los desposorios de su alma con el Hijo de Dios, y desde luego le da la posesión real de su santísimo cuerpo; y para alimentar el casto amor de las almas puras á su Dios, se las permite que abracen estrechamente á su amado Esposo, ya que todavía no pueden ver con claridad su divino rostro hasta que amanezca el día. El que comulga dignamente, puede decir con San Pablo: *Yo vivo, pero ya no soy yo: Cristo es el que vive en mí.* En una palabra; el que comulga dignamente, como dice Jesucristo, vive con él una vida divina, así como este Señor vive con su Eterno Padre una misma y única vida. Bien sabéis que el hombre vive por el corazón y el alma; luego si comulgando dignamente tenéis en vuestro pecho el corazón de Dios y el alma sacrosanta de Jesús, ¿cómo no habéis de vivir una vida divina? Ved aquí las felices consecuencias de comulgar dignamente; esto es, las que logran los que se rinden cautivos al Santísimo Sacramento.

Pero es preciso que sepáis igualmente las condiciones de este feliz cautiverio. Ser prisionero de Dios, es poder decirle con David: *Me cogisteis de la mano, y me llevasteis conforme á vuestra voluntad, y con gloria tomasteis posesión de mí.* Ser prisionero de Dios, es seguir el espíritu del Evangelio, y no las máximas del mundo: es declararse públicamente cristiano; quiero decir, hombre que en su conciencia y en sus obras da testimonio á los ángeles y al mundo de que él sigue á Jesucristo: es retirarse, como Tobias, á adorar el Dios de sus padres, cuando el torrente de los mundanos corre en tropel á adorar los becerros de oro (Tob. 1, 5.): es, como se explica el Apóstol, despojarse del hombre viejo con todas sus acciones, y vestirse del hombre nuevo. Ser prisionero de Dios, es ir siempre siguiendo á Jesucristo, y no dar un paso que no sea por los vestigios y pisadas que dejó impresas nuestro Salvador; los preceptos, quiero decir, y los consejos del Evangelio.

Mas no os parezca que es pesado este yugo: comparadle con el que todavía oprime á vuestros hermanos que no han querido rendirse, y le hallaréis muy ligero. ¡Oh qué duro cautiverio aquel que ellos falsamente llaman su libertad! Ellos niegan su corazón á Dios; pero en cambio, vedle despedazado por mil partes á manos de sus violentas pasiones, y repartido como presa de lobos carnívoros y famélicos. ¿Cuánto mejor sería entregarlo á solo Dios? Ved el corazón de muchos entregado al mundo, sirviendo al más cruel tirano, que es severo en sus leyes, contrario en sus pareceres, loco en sus máximas, injusto en los premios, falso en sus promesas, y en las más leves ofensas implaceable. ¿No fuera mejor haberle entregado á Dios?

Acaso habéis vivido así vosotros algún día; pero, gracias al Señor, os habéis rendido á Jesús.

¡Qué bien compensada se ve hoy la antigua libertad con este suave yugo de nuestro Salvador! Dije mal. ¡Cuán bien compensado se ve ahora el antiguo yugo del pecado que os oprimía, con la presente libertad de hijos de Dios! Es verdad que sois cautivos de Jesucristo, pero así venceréis á vuestros enemigos: algún día os verán en el cielo triunfantes y sentados con Jesucristo en su propio trono, según lo que está escrito (Apoc. 3, 21.): *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo.* ¡Qué honra! ¡qué gloria! ¡qué felicidad!

¡Oh, qué dicha! Permitidme, hermanos míos, que hable de esta felicidad á los que están distantes, á los que huyen de Jesucristo como si fuese un tirano, á los que desprecian el divino corazón que Dios les ofrece en el Santísimo Sacramento, por querer más su propio corazón manchado y corrompido. Sin duda que ignoran vuestra suerte venturosa; pero decidse la vosotros, benditos hijos de Jacob, que pereciendo de hambre todo el mundo, hallasteis pan abundante en el cautiverio: id y contad á vuestros hermanos los bienes de Egipto para conducirlos con vosotros: decidles que si han de dar su corazón al mundo ó al demonio, será mejor que le entreguen á Jesucristo Sacramento: prometedles sobre la infalible palabra del Evangelio, que el Señor les dará como á vosotros su divino corazón y su alma sacrosanta. ¡Oh qué dichosos habéis sido, y qué venturosos serán ellos también si os siguiesen!

Ya sólo resta que llenos de júbilo cantemos alegres cánticos al gran Triunfador. Los que hemos quedado cautivos, recibamos muchos parabienes, y al son de las amorosas cadenas entonemos alegres himnos. Es verdad que vivimos en un valle de lágrimas; pero aunque sea sentados en las riberas de los ríos de Babilonia, bien podemos cantar los cánticos de Sión: no dudéis que nuestro vencedor nos

llevará á los excelsos montes cantando salmos alegres: *Super excelsa mea deducet me victor in psalmis canentem*. (Habac. 3, 19.) Y vosotros, ángeles santos, que en este lugar asistís en multiplicados coros, ayudadnos á celebrar este triunfo, y entretanto que nosotros ofrecemos devotos incienso, ofreced vosotros al Altísimo nuestros deseos: con las expresivas manifestaciones de gozo y reconocimiento queremos protestar nuestra fe viva y el fuego de amor divino que arde en nuestros corazones; avivad más esta fe, encended más este fuego, haced con nosotros un mismo coro, y no, no ceséis de cantar, si vieis tal vez que nosotros interrumpimos las voces mezclando lágrimas dulces, bien sean de ternura, ó bien de pena, por el Dios que no vemos. Nosotros bien advertimos que va triunfando entre los que somos sus esclavos; pero es imposible el verle: ¡oh qué ventura la vuestra! No obstante, iremos clamando al Hijo de David, cerrados los ojos como el ciego del Evangelio: acompañad nuestros clamores con vuestra protección: y si en día de tanto júbilo pregunta el Señor qué queremos: *Domine, ut videam*: decidle, que nuestros deseos son de verle. ¡Oh! quiera Dios que así sea!

## LA EUCARISTÍA COMO MISTERIO

*Memoriam fecit mirabilium suorum,  
miserentia et miserator Dominus: eorum  
dedit timentibus se.*

Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen.

(SALMO CX, 4, 5.)

La fe en la Eucaristía, hermanos míos, es la fe que han guardado todos los cristianos, han confesado todos los mártires, han enseñado todos los doctores; es la fe que todos los obispos han profesado, todos los apologistas han defendido, y que ocho concilios generales han confirmado. Esta ha sido la fe de todos los siglos, de todos los tiem-

pos y de todos los lugares. Y, no obstante, la Eucaristía es el más incomprendible de todos los misterios cristianos; y una de las razones porque se le llama el misterio de fe por excelencia, *mysterium fides*, porque es el misterio que exige los mayores esfuerzos de la fe, el que más ejercita y somete á mayores pruebas la misma fe.

Pero reconociendo y confesando todo esto, afirmamos que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprendible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

En efecto; la razón no inventa lo que no comprende. Lejos de poder inventarlo la razón, cuando no tiene de ello idea alguna, rechaza cuando se le propone todo lo que es superior á ella; así como la sensibilidad se rebela contra todo lo que le atormenta. Así, pues, lo que es incomprendible al hombre, no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido tener al hombre por autor, no ha podido ser imaginado, inventado ni forjado por el hombre, y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios.

Pues bien, la doctrina de la Eucaristía es y será siempre una doctrina incomprendible, y por consiguiente es indudable que no ha podido nacer en el espíritu del hombre, sino que es el pensamiento de la sabiduría de Dios, la obra de su poder, la revelación de su bondad y la palabra de su amor. ¡Cuántas bellezas y armonías descubrimos en la Eucaristía! Hoy, hermanos míos, quiero solamente fijarme en la Eucaristía en cuanto es un misterio, y haceros ver cómo de este misterio incomprendible para nosotros y rodeado de obscuridades por todas partes, brota hermosa y copiosísima luz, que ilumina los misterios de nuestra fe, siendo por lo mismo el sostén, la gloria y la aureola resplandeciente del dogma católico. *Ave María*.

Todo el dogma cristiano, hermanos míos, se resume en el gran misterio de la Encarnación. Pues bien; la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal, y, por consiguiente, el complemento de este delicioso misterio.

En efecto, por las palabras de la consagración de la Eucaristía, convirtiéndose la substancia del pan en la substancia del cuerpo de Jesucristo, este divino Salvador es en cierto modo producido y engendrado de nuevo en ella. Esto hizo exclamar á San Agustín: «¡Oh admirable dignidad del sacerdote! Pues que por estas palabras que él pronuncia por orden de Dios: *Este es mi cuerpo*, el Hijo de Dios se encarna en sus manos, como se encarnó en otro tiempo en el seno de la Virgen por aquellas palabras que por inspiración de Dios dirigió ella al ángel: *Hágase en mí según vuestra palabra*.» Esto hizo decir á San